

III TEMAS DE INTERES

SIGNIFICACION HUMANA E HISTORICA DE LAVALLE

**Discurso pronunciado en la ciudad de Buenos Aires, en
el Bicentenario del nacimiento del General Juan Galo
de Lavalle**

Por el Embajador Eduardo Mora Anda

La bondad de algunos amigos argentinos y de destacadas instituciones cívicas ha hecho que sea yo, en este día, quien ofrezca el discurso de orden en el bicentésimo aniversario del nacimiento del General Juan Galo de Lavalle, destacada figura de nuestra historia común y nombre que relaciona íntimamente a Ecuador y Argentina. Mi profundo agradecimiento a la Comisión Nacional del Bicentenario y a todas las personas, sociedades e instituciones que me han invitado a hablar en este acto. Debo anotar que no soy un experto en historia argentina, ni un biógrafo de Lavalle, sino un escritor latinoamericano que medita delante de ustedes.

No voy a referirme a las luchas de Lavalle en las sangrientas confrontaciones internas. Como tantos otros líderes nuestros, Lavalle cayó en las estériles riñas localistas y caudillistas, entre federalistas y unitarios, entre liberales y conservadores, que han afligido y dividido a nuestra América Hispana a lo largo de más de cien años. Mientras los Estados Unidos de América del Norte superaban el trauma de la guerra civil y la esclavitud y marchaban al Oeste, para ser una gran potencia, acá, en las tierras donde se habla y se reza en español, nos consumíamos con los partidismos beligerantes y los regionalismos heredados de España. Nuestra nación, porque toda América Hispana es una sola nación con veinte localismos, nuestra nación, digo, es muy imaginativa, es muy creativa y cuando esta fuerza de afirmación del yo no halla la salida creativa de la literatura, de las artes, de la inventiva científica, de la música, en una palabra, de las obras creadoras, fácilmente cae en el desgaste de la maledicencia, la codicia, la envidia y la violencia. Cuando una energía está descolocada se producen resultados nefastos. Las gentes de habla hispana necesitamos usar la emoción y el cerebro en obras creativas porque, de lo contrario, ese impulso vital, que es tan fuerte, se desvía y no halla otra vía de escape que la feroz competencia. Nuestros caudillos a menudo

cayeron en estos desvaríos. Y sin embargo, Lavalle tiene, aún en estas luchas, un rasgo de idealismo, de entrega desinteresada, de patriotismo absoluto y devoción a la causa en la que creía. Se le puede reprochar tal o cual acto de dureza o severidad, pero hay que anotar que siempre tendió a actuar de buena fe, incluso hasta la ingenua credulidad, y siempre estuvo motivado por ese sentimiento que llamamos patriotismo y que es un sentido de lealtad y afán de mejora. "El sentimiento de la patria me venció e hice la paz", dice en una carta a propósito de sus tratos con Juan Manuel Rosas.

Así pues, no voy a extenderme en las deplorables guerras civiles que, como otras muchas en América Latina, nunca debieron darse. Lo que sí puedo manifestar a título exclusivamente personal es lo que no debió hacerse. Don Benito Juárez, decía en México, que "el respeto al derecho ajeno es la paz". Todo el siglo XIX y buena parte del XX, América Latina vio larguísimas contiendas partidarias, inútiles y sangrientas, que no sólo causaron innecesarias muertes y mucho sufrimiento, sino que además retardaron el desenvolvimiento saludable de nuestros apasionados pueblos. Como anotaba alguien: "el espíritu de partido lo pervierte todo", y no permite ver la verdad en todo su amplio espectro. Lo que se debió vivir es el debate sereno de los asuntos públicos, el respeto a la opinión ajena, mediante la reunión de asambleas y consejos, por lo menos mediante consensos mínimos.

En la luz y las sobras que ofrece cualquier vida humana y aún más un personaje histórico, siempre hay esta danza de aspectos fantasmales que resultan cuestionables cuando se mira, como ahora lo hacemos, desde otra época, con nuevos valores, con un sentido de reverencia por la vida, de amor a la paz y de respecto al criterio propio y ajeno.

Es en el desgaste inútil de la guerra civil en que finaliza la vida guerrera de Lavalle. Lo mismo se podría escribir de muchas otras. Su muerte, su asesinato, es sólo el triste punto final, completamente absurdo, de un proceso de mezquindad e incomprendimientos que también acabó con Sucre en las montañas de Berruecos, con Piedrahita y Vargas Torres en Ecuador, con Emiliano Zapata en México, con Augusto Sandino en Nicaragua, con Eliecer Gaitán y Galán en Colombia, incomprendimiento e intolerancia que para otros, muy numerosos, resultó en el exilio y el destierro.

Juan Galo de Lavalle participó en las luchas que dieron la independencia a la Argentina, Uruguay, Chile, Perú, Bolivia y Ecuador. Fue él parte de esa agrupación de Granaderos que, encabezados por San Martín, cruzaron las arduas crestas de los Andes y recorrieron unos seis mil kilómetros a caballo, hasta llegar a Riobamba y a Quito. En realidad en la independencia del Ecuador, entonces

conocido como la Presidencia de Quito, intervinieron hombres de siete países americanos. Creo que vale explicar por qué esto ocurrió así.

Dos siglos y medio antes del movimiento general de independencia en América, ya en Quito, en el año 1592 – 1593 se produjo la llamada Revolución de las Alcabalas, levantamiento popular en el que el pueblo de Quito desconoció la facultad del Rey para imponer a la población un impuesto abusivo. Este temprano levantamiento, parecido al Tea Party de Boston, fue reprimido y sofocado. Aún así el pueblo de Quito volvió a las andadas en 1809. Y junto con Chuquisaca, Quito fue una de las primeras ciudades americanas que destituyó a las autoridades españolas y estableció una “Junta Soberana”, encaminada a la Independencia Nacional. Toda una generación de líderes brillantes, herederos de las ideas del médico y periodista Eugenio Espejo, conformó un primer gobierno quiteño presidido por Juan Pío Montúfar e integrado, entre otros, por los doctores Morales, Quiroga, Riofrío, Ante y el Capitán Juan Salinas y otros. Lamentablemente, luego de algunos combates, un año después, casi todos ellos fueron apresados y masacrados en la prisión el 2 de agosto de 1810, de modo que la rebelión quiteña quedó, por así decirlo, descabezada y el llamado Estado de Quito tuvo efímera existencia. En febrero de 1812 una nueva Junta proclamó una Constitución Política del Estado de Quito pero en diciembre del mismo año las tropas realistas ya habían vencido a los patriotas y los dirigentes quiteños que quedaban fueron fusilados. Prácticamente sólo uno de esos dirigentes quiteños, el docto Antonio Ante, no fue asesinado sino que lo llevaron a Ceuta y allí estuvo preso hasta 1830, en que pudo volver a Quito y alcanzó a firmar el Acta de constitución de la República del Ecuador. De modo que Quito tuvo el procerato de la independencia pero, por la desaparición de sus dirigentes no pudo conseguir que esa independencia sea definitiva hasta 1822, en que concurren a ella tropas de siete de los actuales países de Sudamérica, encabezados por el Mariscal Antonio José de Sucre.

Es interesante y cautiva la atención el pensar en los llaneros venezolanos y colombianos recorriendo a caballo desde el Orinoco y los llanos hasta Quito y los granaderos argentinos saliendo de Buenos Aires, cruzando los Andes con San Martín y avanzando al Perú y al Ecuador, hasta Pichincha. Hay en esto una solidaridad latinoamericana digna de emulación, que proseguirá hasta Junín y Ayacucho.

Pero el avance de las fuerzas latinoamericanas hasta Quito no hubiera sido posible si antes, el 21 de abril de 1822, no se libra la Batalla de Riobamba en la que son protagonistas el entonces Sargento Mayor Juan Lavalle y sus granaderos argentinos. El propio Libertador Simón Bolívar, en una carta al Gobernador de Buenos Aires, destaca la importancia de este episodio para las siguientes etapas de

la guerra de la independencia. 96 granaderos enfrentan a más de 400 soldados de la caballería realista y los desbaratan en dos acometidas totalmente inesperadas para los españoles. Lavalle usó entonces el factor sorpresa y de notable coraje. La personalidad de Lavalle se destacaba por el arrojo, por el valor. Lavalle, en su porte y en su vida, es un hombre digno y valeroso. Sucre anota al respecto que el escuadrón de granaderos argentinos “tuvo la elegante osadía” de actuar “con una intrepidez de la que habrá raros ejemplos” con “valor heroico” y “serenidad admirable” y el entonces Coronel Andrés de Santa Cruz señala que la serenidad de Lavalle “fue tan recomendable como su azrojo”.

¿Qué es el valor? ¿Cómo pudo Jesús enfrentarse con el Sanedrín y con los administradores coloniales romanos? ¿Cómo pudo Mahatma Gandhi desafiar con las manos vacías al inmenso imperio de Su Majestad Británica? ¿Qué permitió a Emilio Zolá lanzar el famoso “yo acuso” en el caso Dreyfus? ¿Cómo Lutero, un hombre solo, cuestionó a la vez al Emperador y al papado? Emerson dice “no es que el héroe sea más valiente que nadie, sino que lo es por cinco minutos más”. Esto se mira bien en la Batalla de Riobamba: las fuerzas son absurdamente desiguales: más de 400 españoles contra 96 granaderos a caballo y, sin embargo, Lavalle los larga al ataque en la forma más inesperada y, cuando en un segundo tiempo su pequeña agrupación asoma más comprometida y el mismo Sucre ve las cosas perdidas, Lavalle tiene un nuevo arranque de valor, justamente esos cinco minutos más de que habla Emerson y con la ayuda de algunos dragones colombianos, arremete nuevamente y desconcierta al bando opuesto.

El héroe vive un momento de soledad más que los demás mortales. Su psicología es esta: en los instantes incomprensibles de enfrentar un reto, en el momento supremo de reaccionar ante el destino, le brota, como al místico, una inspiración. Un arranque, un arrojo, un ánimo de realizar lo excelsa, lo grande e inesperado. Es el arrebato del espíritu que porfía sobre la circunstancia. Tiene una fe singularísima de que se puede arribar a algo diferente y hace entonces un gesto que los otros no hacen, que a los demás no se les ocurre, y es como si en ese mismo instante saliera del espacio – tiempo, de nuestras precederas dimensiones, y vive en un relámpago en lo eterno. El héroe es como el místico que, en tal o cual minuto, se desprende de lo prosaico de las cosas, de la rutina de las horas y cree y vive emocionado en un espacio más grande. Por un momento ya no vive el dolor, el frío, la suciedad, el miedo, el recelo. Por una fracción de historia el héroe y el místico desbordan la historia, viven una experiencia de lo infinito del alma y vuelven a la vida terrícola y común iguales a los demás y a la vez distintos. Iguales a los otros humanos porque parecen ser como todos nosotros. Distintos porque han tenido una vivencia. Una vivencia es una experiencia que nos cambia profundamente. Vuelven, digo, el místico y el héroe a la prosaica realidad, al diario

tráfago pero vuelven cambiados porque ha palpado, en una fisura del tiempo, el valor inefable de la eternidad esencial. Esto es lo que ocurre con Antonio José de Sucre en sus arranques de nobleza, esto es lo que sucede con Bolívar cuando estando enfermo, le preguntan qué hacer ante tanta derrota y se levanta y dice ¡triunfar!, esto es lo que le acontece a Lavalle en la Batalla de Riobamba. De pronto su intuición sale de la lógica común y de la precaución mediocre, Sucre advierte que no podrá hacer nada en tales circunstancias de terreno y de diferencia en el número de tropas, pero Lavalle toma una resolución en apariencia irracional, en realidad una chispa genial, y hace lo impensable y triunfa. Es esta chispa la que faltó al General Grouchy para cambiar de rumbo con sus tropas y salvar a Napoleón en Waterloo. El héroe es el valor más la inspiración, Grouchy tenía el valor pero no esa chispa que en cambio está en Lavalle. Grouchy era un mediocre. Mutatis mutandi, es la misma chispa, el mismo genio que hace que el simple fraile Juan Yépez se convierta en San Juan de la Cruz y que Jorge Federico Haendel, arruinado por las deudas, de pronto despierte a lo eterno y componga "El Mesías", el oratorio más notable de la historia. Y es que de pronto el alma de estos grandes espíritus se abre a lo que está más allá del miedo, más allá de lo usual, más allá de lo común y conocido. Es la creatividad, el don de sacar algo de la nada. El Génesis dice que el ser humano, el hombre y la mujer, son semejantes a Dios. Lo son no en el aspecto físico, lo son no en cuanto a separados, macho y hembra, lo son en tanto creadores; en que generan algo nuevo, en que inventan cosas y palabras en que les gana el amor y la entrega a una causa y de pronto producen una obra inédita: un gesto de altivez que eleva el ritual de la condición humana, una Quinta Sinfonía que perenniza a Beethoven, una elegía que inscribe para siempre la capacidad de Goethe, la simple oración del Angelus que capta Millet en un cuadro para todos los tiempos, las sencillas palabras del Magnificat de María, Madre de Jesús y los versos amables del Cántico al Sol con que Francisco de Asís, ¡por fin un cristiano auténtico!, revela al mundo profano cuánto bien y belleza ha puesto Dios en la Naturaleza. Más allá de las transacciones de la bolsa de valores hay una dimensión en que crecemos, más allá de los crímenes y escándalos que derraman los cotidianos noticiarios existe una esfera de la humanidad verdadera, más allá de la falsa nobleza del jet set hay una fuente de eternidad en la que el ser humano puede descubrir su propio rostro, su identidad incomparable, su individualidad que nunca muere. Muchos ahora nos quieren convencer que el mundo no es más que computadoras y egoísmos y tráfico de armas y sobornos. Muchos aseguran que los ideales ya han fracasado, que "la historia ha terminado", y que lo que funciona es la maniobra mezquina, el pago, la compra de otro, la violencia, la droga y la fuerza sin casta. No debemos creerles. Los místicos, los músicos, los héroes, los poetas, los filósofos verdaderos, nos muestran que no es así, que el ser humano, como Alonso Quijano el bueno, está llamando a otro destino más noble, a una dimensión

del espíritu, no solamente de la mente, a una gloria y un cuerpo de gloria mucho más allá del mezquino espacio – tiempo.

Alonso Quijano el bueno estaba llamado a ser Don Quijote. El pobre prisionero de Siberia estaba llamado a ser Fedor Dostoyevsky. El pequeño soldado enfermo en Jamaica estaba llamado a ser Bolívar, el fanático fariseo perseguidor de cristianos estaba llamado a ser San Pablo y el loco estudiante bohemio, prisionero de guerra, se iba a transformar en San Francisco. Dice un teólogo que la vocación es el llamado especial de Dios para cada hombre. Juan Galo Lavalle estaba llamado al heroísmo, y sus hombres leales, al conducir a Bolivia su cadáver, para que no sea profanado, son también gente llamada a un heroísmo, a poner un gesto de humana poesía en medio de la historia mezquina y terrible de las guerras civiles. La dimensión del místico y del héroe, del músico y el poeta, es la del espíritu que despierta. Y dice Henry David Thoreau: “Estar despierto es estar vivo”. Lavalle vivió esa lucidez en Riobamba. La juventud tendría que saber sobre estas cosas.

Pero al lado del guerrero, hay otro aspecto humano de Juan Galo de Lavalle: su amor por su esposa María de los Dolores Correas, una hermosa mendocina. En el largo tedio de los viajes y esperas, durante las campañas, Lavalle escribe y escribe numerosísimas cartas en las que, como buen enamorado, a menudo repite las palabras “siempre, siempre” a Dolores y, así como ella, por costumbre social, firma Dolores de Lavalle, él, sin ningún machismo, para significar su pertenencia, las suscribe como Juan de Dolores. Una vez más aquí está la tónica noble de su vida, que es el amor incondicional, que es la entrega. Entrega a la causa de la patria y entrega a la mujer que ama.

La independencia de nuestros pueblos fue conseguida mediante la guerra. “Guerra Civil” en realidad decía don Miguel de Unamuno, que veía en todos los de habla castellana una sola nación dividida por la politiquería. A esta altura de la historia la violencia ya no es un método moral - si es que alguna vez lo fue -. La violencia es un obrar inhumano. En nuestro tiempo las conciencias despiertas saben que la violencia está condenada para siempre y una nueva gloria emerge: la de la reverencia por la vida. La vida es unánime. La vida en el planeta es indivisible y la vida es sagrada. Pero entonces todas esas luchas de la independencia americana ¿qué sentido han tenido? ¿Qué de bueno nos han dejado? Nos han dejado la libertad política y, ya lo dijimos, el ejemplo de valor y entrega. En una palabra, nos han dejado la identidad, somos nosotros mismos y no podemos - ni queremos - ser otros. Y nos dejan la esperanza. La esperanza - decía Gabriel Marcel - es el tejido de que está hecha el alma. En medio de la mediocridad, la mezquindad y la corrupción vulgar debemos tener esperanza en el provenir de nuestra gran patria latinoamericana y terráquea. Debemos tener ánimo, es decir,

ánima, alma, para la creación conjunta del bienestar y la paz. Y tener, como Lavalle, el valor de entregarnos completamente a luchar por ella.

Como dice González Arrili en su biografía de Lavalle, "El lucero de la esperanza está distante, pero conduce hacia la libertad".

